



José Ovejero
Bajo la luna negra



JOSÉ OVEJERO

Bajo la luna negra

Galaxia Gutenberg



Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2026

© José Ovejero, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 14644-2026
ISBN: 979-13-88019-75-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

La multitud es una barrera que a veces se descompone poco a poco para volverse de nuevo densa, imposible de atravesar. El coche rojo, un Mercedes descapotable, con la capota echada, avanza al mismo ritmo que el caminar lento de la gente por una calle de sentido único. Tras el coche, más gente se pega al parachoques y lo adelantan por los costados; ningún otro coche delante ni detrás. Tampoco aparcados.

El conductor toca el claxon intermitentemente. A veces lo presiona durante varios segundos sin interrupción. Algunas personas vuelven la cabeza, dan un paso al lado sin llegar a franquear el camino al automóvil. Los pasajeros del vehículo están rodeados de una masa vestida con ropa veraniega (pantalones cortos, sandalias, blusas, hombres con bañador y camisa, algún pareo las mujeres), encajonada entre dos hileras de tenderetes donde se venden baratijas, artesanías, ropa de colores chillones, productos de la tierra. El sol se refleja en escaparates, gafas,

abalorios, en los pequeños espejos con marcos de mosaico que vende una mujer junto a muñecas y bolsos de lana. La gente pasa despacio por delante de los tenderetes; barren los mostradores con la mirada; casi nadie se detiene. Una mujer de aspecto nórdico sí lo hace ante un tenderete con artesanías de cuero. Viste vaqueros y sandalias de goma, solo eso. Toma un bolso que estaba colgado a uno de los costados de lona, se lo cuelga de un hombro y ajusta la correa para acortarla. El borde interior roza uno de sus pechos desnudos, de tamaño considerable, desparramados hacia los costados. Al pasar junto a ella, los hombres la miran de reojo, también algunas mujeres; los niños la examinan sin pudor, una pequeña con vestido rosa se detiene, la señala, ríe y busca repentinamente a su alrededor con gesto asustado. Rompe a llorar. Nadie dice nada a la nórdica.

El Mercedes rojo lo conduce un hombre, a su lado una mujer; en el asiento trasero, sentado detrás de ella, un niño.

—Si abres la ventanilla, el aire acondicionado no sirve para nada —dice el hombre.

El niño no reacciona. Lleva un brazo extendido a través de la ventanilla, la mano abierta, que gira como si quisiera sentir el viento. No hay viento. Los pocos árboles intercalados entre los tenderetes están tan inmóviles como las casas de dos pisos que forman la

calle, ramas como esculturas. Él echa el brazo hacia atrás y hacia delante.

–Te has metido en dirección prohibida. Seguro que no se puede circular por aquí –dice la mujer.

El hombre contrae los labios hacia dentro hasta volverlos invisibles. Presiona el claxon durante cinco o seis segundos. Un hombre que camina justo por el centro de la calle, casi pegado al parachoques delantero del coche –lleva pantalones cortos amarillos y una sudadera verde, pelo largo y grasiento–, golpea tres veces con el puño sobre el capó, tres golpes violentos que asesta sin detenerse.

–Te vas a meter en problemas, deja ya de pitar –dice ella.

–No había señal de prohibido.

–No la habrás visto.

–Van por la calle como si fuese suya. Dan ganas de atropellarlos.

Ella produce un chasquido con la boca y mira por la ventanilla.

–Te vas a hacer daño –dice al niño–, mete la mano en el coche.

El niño abre y cierra la mano, coge puñados de aire. Señala a un pastor alemán tumbado en el mostrador de uno de los tenderetes, entre bolsos y pulseras de cuero.

Se detienen, el coche y la gente, salvo algunos que pasan por los lados hasta encontrarse con que no

pueden continuar. Hay quien se asoma al interior del vehículo con expresión indiferente. Una niña con un lazo blanco en el pelo da un beso en el cristal del copiloto dejando estampada la huella de sus labios. Llega de sus espaldas un ritmo rápido producido por instrumentos de percusión, golpes de sonido metálico y otros más graves, una mezcla repetitiva de timbales y tambores. La gente se echa a un lado rápidamente con una sonrisa en los labios, señalando hacia atrás. Comienzan a pasar muy deprisa junto al coche jóvenes vestidos con ropa colorida y amplia que tocan sus instrumentos mientras corren, hasta formar un grupo que se reúne unos metros por delante del Mercedes, donde golpean los parches, bailan y dan saltos acrobáticos.

—Lo que faltaba —dice él.

—Antón.

—Qué.

—Nada.

—Que qué.

—Que podrías intentar coger otra calle.

Él se vuelve hacia ella, no solo la cabeza, con todo el cuerpo. Rodea con su brazo el asiento del copiloto.

—Qué lista. Coger otra calle. Dime cuál.

—No te enfades.

Antón vuelve a sujetar el volante con las dos manos.

—Te he dicho que cierres la ventanilla.

Ella baja el parasol para mirarse en el espejo. Se peina el flequillo echándolo hacia un lado con los dedos. Su pelo es rubio; las raíces muestran el color original, castaño, con melena ligeramente ondulada que le alcanza hasta tres o cuatro centímetros por encima de los hombros. Sus cejas son dos arcos muy finos. Vuelve a subir el parasol. Rebusca en un bolso que tiene sobre el regazo. Lo cierra sin haber sacado nada de él.

Los músicos dan un grito al unísono y echan a correr mientras siguen tocando los tambores. El coche avanza de nuevo, primero de forma casi imperceptible, después casi a paso humano. Antón acciona el intermitente al llegar a un cruce; una barrera de metal amarillo le impide hacer el giro. Antón golpea el volante.

—Luis, ¿no has oído a papá?

—Me aburro. ¿Cuánto falta?

—Si se apartasen todos esos idiotas, diez minutos. Si no, un mes.

—Verás cómo se acaba enseguida la calle —responde ella—, es por el mercadillo turístico.

—Como arañen el coche me van a crujir los del alquiler.

—¿No has cogido seguro?

—A buenas horas te preocupas de esos detalles.

La música se aleja. La multitud parece diluirse. Una parte se ha ido por las calles a las que no había

podido acceder el coche. Lo que antes era una barrera, que impedía ver más allá de los cuerpos apretados unos contra otros, se ha convertido en individuos aislados o en parejas; entre ellos, aire, calle, horizonte.

—Ahora sí —dice ella.

El niño no alarga el brazo hacia el hombre que está sentado en el bordillo, con los pies hacia el tráfico. Sencillamente abre la mano y coge el sombrero de paja de la cabeza del hombre sentado, que la agacha, más bien, la mete entre los hombros con un movimiento repentino. Justo en ese momento el coche acelera un poco, no mucho; todavía algunas personas caminan a su lado inspeccionando los últimos tenderetes que ya no forman una hilera continua; entre ellos se abren varios metros de distancia. Antón vuelve a pitar con insistencia y, ahora sí, la gente se sube a la acera o se pega a un tenderete.

—¡Se lo he quitado, se lo he quitado a un señor!, ¡mira, papá! —grita Luis, agitando el sombrero en el interior del coche.

—Pero cómo se te ocurre —dice ella.

Antón da una carcajada. Padre e hijo ríen, juntando sus miradas en el retrovisor. Antón echa la mano izquierda hacia atrás, entre los asientos, mostrando la palma a su hijo, que choca la suya contra ella. Antón levanta el pie del acelerador. La mujer mira por el retrovisor derecho, el hombre por el inte-

rior, Luis asoma la cabeza fuera de la ventanilla para mirar atrás. El hombre está aún sentado, tocándose la cabeza, se la palpa una y otra vez, después busca a su alrededor. Se mira entre las piernas, a sus espaldas. Luis se ríe y saca el sombrero por la ventanilla, lo agita. El hombre se levanta despacio, con movimientos inseguros, gira una y otra vez sobre sí mismo y vuelve a tocarse la cabeza.

–Suelta el sombrero, Luis –dice la mujer–, déjalo caer.

–Es mi trofeo, mamá, le he cortado la cabellera.

Luis lanza un grito de indio de película llevándose la otra mano a la boca. Antón ríe a carcajadas. El hombre, cada vez más atrás, se ha quedado mirando el coche, del que sobresale el sombrero agitado en el aire por la mano del niño. Solo hace eso. Mirar. No echa a correr, ni amenaza, ni grita. Completamente inmóvil.

Luis vuelve a meter el sombrero en el coche y cierra la ventanilla. Ahora también la mujer ríe.

–Eso no ha estado bien –dice, y sigue riendo.

Los padres se miran con los ojos lagrimeándoles.

–Es solo un sombrero de paja –dice Antón.

Han alcanzado la carretera y el coche rojo abre una brecha entre el amarillo del pasto.

El vagabundo está en la acera que flanquea el paseo marítimo, de frente a este y al mar. A sus espaldas, casas, la mayoría de pocos pisos. También unos cuantos edificios dispersos mucho más elevados, en todos los pisos varios balcones; en muchos de ellos, sombrillas, cerradas o abiertas, de distintos colores.

Su barba es blanca casi por completo; solo conserva a los lados un par de mechones muy negros. Las cejas sí son totalmente blancas. Lleva un traje beige arrugado, sin cinturón, y una camisa de cuadros blancos y azules. Sandalias de playa, de plástico. Las uñas gruesas y amarillentas, cortas. La camisa abierta tres botones, mojada la pechera y bajo las axilas.

Lleva la cabeza descubierta. El flequillo gris se le pega a la frente. Tiene los ojos enrojecidos. Musita o al menos mueve los labios. No se oye lo que dice, si es que dice algo.

Sigue con la mirada cada coche que pasa hacia su derecha. La carretera es de sentido único. Presiona

la yema del pulgar izquierdo contra la yema del meñique de la misma mano, luego contra la del anular, después contra la del corazón, después contra la del índice y vuelve a empezar siempre en el mismo orden. No lo hace cada vez que sigue un coche con la mirada sino a intervalos más o menos regulares. A ratos detiene el movimiento de los dedos de la mano izquierda, y entonces abre y cierra la otra mano.

En ocasiones, apoya el peso de su cuerpo sobre el pie izquierdo, levanta el derecho, lo adelanta unos centímetros hasta situarlo sobre la calzada y lo devuelve a su lugar tras mantenerse en equilibrio dos o tres segundos.

Se oyen las olas; el motor de los coches; el roce de las ruedas contra el asfalto; los chasquidos rítmicos que proceden de un semáforo situado a medio centenar de metros del hombre, más rápidos cuando se pone verde para los peatones. Nadie cruza la avenida. El sol produce una breve sombra a espaldas del vagabundo. Dejan de pasar coches.

Él solo en la avenida, frente al mar.

También los balcones están desiertos.

Se queda inmóvil. Manos inmóviles, pies inmóviles. Parece no respirar.

Un coche azul se acerca por su izquierda. Lo rebasa. Reduce la velocidad, llega al semáforo, prosigue aunque está rojo, sin acelerar.

Él recupera la movilidad, se agacha, coge una piedra atascada en un desagüe junto al bordillo. La lanza con fuerza hacia el coche. La piedra rebota persiguiéndolo. No lo alcanza.

Vuelve a juntar sucesivamente cada dedo de la mano izquierda contra el pulgar. Musita. Se pone la mano derecha por visera.

Las sombras se van alargando de forma casi imperceptible.

En algún momento, se ha hecho de noche.